

Hombre y técnica en la decadencia económica de España^(*)

Por JUAN J. LOPEZ IBOR^(**)

Para tener derecho a seguir hablando de los problemas relacionados con el hombre y la técnica, la generación actual debe plantearlos de un modo nuevo y no contentándose con repetir argumentos y contraargumentos de la polémica reiterada en torno a la contribución de España a la técnica y a la ciencia modernas. Efectivamente, ahora podemos hablar más desembarazadamente del problema. Ya nadie propugna la europeización de España, no porque ésta haya cambiado, sino porque Europa está en crisis.

El análisis de la situación histórica permite contraponer dos estilos de vida: el europeo y el español. El mundo moderno se ha constituido por el simultáneo despliegue de tres fuerzas históricas: las crisis fisiconaturales, la técnica, la industrialización de la vida. Son tres manifestaciones solidarias, del mismo estilo de vida, del mismo tipo de hombre nuevo que cautelosamente se fragua en el Renacimiento, pero que madura durante la Ilustración.

La ciencia positiva se monta también sobre un subsuelo fiduciario. Se cree en ella como en los dogmas religiosos, pero tal creencia la relativiza. La técnica tiene su moral y su estructura psicológica: la realización de una forma de vida que consiste en esta sustancialización de los inventos, que no son más que producto de la fantasía. La técnica no nace para satisfacer necesidades, sino también para crearlas. El trasfondo fiduciario de la técnica es evidente.

Todo este estilo de vida es ajeno al español, más atento a los valores personales que a los cósmicos.

Las minorías hacen la Historia. Las generaciones actuales deben tener el valor de repudiar las formas usuales como instrumentos para navegar en el futuro; sentirse cansadas del hombre-masa, de la socialización, de la falsa organización de la sociedad, como si sólo fuera una estructura económica; de todo aquello que deshumaniza al hombre y convierte a grandes partes del planeta en "universos concentracionarios".

(*) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid, el cinco de febrero de 1954.

(**) Médico.

Algo de esto he leído en el artículo de Schwarzmann: "es verdad que la existencia de un ethos, como dice él, predominantemente no económico puede ser y es un obstáculo invencible para la economía". Yo no diría obstáculo, pues Dios no se contradice, más bien límite, más bien elevador, más bien elemento nuevo y difícil si se quiere contar con El.

Y contar no hay más remedio que hacerlo, porque el hombre económico de esta economía concreta de España, queremos y debemos procurar que sea de veras lo que hoy sólo es a medias, católico integral que acomode y armonice su fe hermosa y misteriosa con su ciencia y su saber humano. Del desconocimiento de este dato o aspiración, del afán por imitar procesos y ritmos de economías de éxitos en países no cristianos, puede venir para esa posible y futura economía española su mal más considerable: su fracaso más rotundo. Por contrariar al sujeto económico y por contrariar los planes del Gobernador y Dador de toda economía. Reconozcámoslo: este dato multiplica el problema; el cristiano no ha venido a facilitar los procesos humanos en el grado de nuestro rastrero deseo; el Cristo del Evangelio no venía a traer la paz, sino la guerra a un mundo ansioso de soluciones fáciles. Y el cristianismo no lo es.

La opinión del sacerdote desde la calle alborotada en que procura hacerse oír, ha quedado reducida a agradecer a los estudios económicos la confirmación acerca de la parte oscura del hombre sobre el que trabaja, y a rogar a los constructores del nuevo orden económico que, escuchando la voz del Pontífice, humanicen la economía, la subordinen al hombre, en nuestro caso tan atrasado educacionalmente, y que cuenten en esta subordinación con que el hombre concreto de esta España en andamios quiere y debe ser cristiano, y ahora se encuentra en una ocasión maravillosa para dar un serio avance en el progreso de su fe. Todo lo cual os complica, economistas.

A requerimiento de un amigo mío me decidí, hace algún tiempo, a publicar el texto de una conferencia que di ante un auditorio estudiantil sobre el problema del español ante la ciencia. Seguramente debo a la publicación de ese libro, *El español y su complejo de inferioridad*, el honor de haber sido invitado a participar en este ciclo *En torno a la no decadencia económica de España*.

Mi primera reflexión al bosquejar el haz de ideas a exponer esta noche es la de situar el problema. Pero ¿tiene España problema? Yo no me atrevería a dar una contestación unívoca. Por una parte, nos alineamos entre los pueblos que, como los alemanes y los judíos, tienen mayor conciencia de su problematicidad, que quiere decir inseguridad y desconfianza en su destino. Por otra parte, España ha poseído, y aún posee, una clara conciencia misional, lo cual supone una especial lucidez sobre su destino como empresa histórica colectiva. ¿No estaremos, una vez más, frente a las constantes paradojas del español, que se interponen, como cortinas de humo, ante cualquier espíritu analítico que trate de elucidar la estructura de su carácter? ¿No encerrará aquella pregunta sobre su problematicidad o aproblematicidad una clave importante para la comprensión de lo que queremos desentrañar? Porque muy bien pudiera ocurrir que ambas expresiones, positivas o negativas, no hicieran más que señalar la disparidad entre la conciencia del quehacer presente y la intuición vaga y presentida de un destino o, mejor dicho, de un anhelo histórico preñado de posibilidades.

“La insuficiencia económica de España—de decadencia creo que propiamente no puede hablarse, pues implica referencia a un período de pleno auge que en realidad nunca existió—es, en suma, cuestión de psicología nacional”, dice Fernández Carvajal en el prólogo al número monográfico de la revista *DE ECONOMÍA*, dedicado a estos temas. Permitidme, pues, que, como psicólogo, engarce algunas apostillas al problema.

* * *

Y la primera pregunta que, como tal, me formulo es la siguiente: desde nuestros clásicos aparece una clara conciencia valorativa de las diferencias del español frente a los demás pueblos. Quevedo inquiere en *La España defendida de los noveleros y sediciosos*: “¿Quién no dice que somos ignorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicios que no debamos a su comunicación con ellos?” En mi libro he recogido otra serie de textos que es innecesario recordar. Pero ¿cuándo esas

De economía

diferencias se acentúan y hieren, de una manera especial, la conciencia del español? Podríamos decir que este proceso es simultáneo con la decadencia del poder político que culminó en el 98 con la pérdida del imperio colonial. Hemos ante una nueva disparidad que, como veremos, es más iluminadora de lo que parece. Hubo una decadencia política, pero no una decadencia económica, puesto que España fué siempre—según los economistas colaboradores del citado número—económicamente débil, valga la expresión.

La pérdida del poder político fué decisiva en la creación de tal estado de conciencia. Como tantas veces, el pensamiento surgió de un complejo emotivo. En el 98 culminó un estado de ánimo que se venía fraguando lentamente en el curso de los decenios anteriores. Tal estado de ánimo se plasmó en los escritos y preocupaciones de una generación literaria; y precisamente porque partieron del fondo de una crisis afectiva, hablaron tan desgarradoramente. Entonces se inició un nuevo modo de sentir España. No es, como se ha dicho exageradamente, por ejemplo, hablando de Unamuno, que sus entrañas estuviesen más transidas de españolidad, sino que su percepción fué más clara, por ser más agudo el sufrimiento. Sabemos, de otro modo, lo que es nuestro brazo cuando nos duele. Mientras lo agitamos en el aire, no pensamos en él, sino en lo que vamos a realizar. Cuando el dolor nos inmoviliza, se inicia nuestra reflexión sobre nuestro dolorido miembro.

Pero ¿por qué hablamos de nuevo de un tema que tan agudamente se plantearon Valera, Menéndez y Pelayo, Unamuno y tantos otros? ¿Es que nuestra generación—o nuestras generaciones—tienen otra visión del problema? ¿O sólo lo reavivamos por una especie de masoquismo literario?

Creo que ésta es una pregunta crucial, y que, por mi parte, contesto afirmativamente. *Estamos, como generación, elaborando un nuevo enfoque.* El problema se plantea entre dos líneas de desarrollo histórico: la de España y la de Europa, y la distancia que separa ambas trayectorias es hoy distinta que en el 98. Resulta inquietante pensar que esta diferencia no se debe tanto—seamos sinceros—a un avance o modificación de nuestra trayectoria, cuanto a una modificación de la europea, quizá por hallarse en las últimas etapas de un ciclo evolutivo. Las generaciones jóvenes actuales se siguen apoyando en España, todavía, en los grandes maestros del 98. En este sentido se muestran muy tradicionales, si bien de tradición a corta fecha. Forzando el esquema para que resulte claro, yo diría que entre Menéndez y Pelayo

—aunque no pertenezca al 98 como generación literaria—y Unamuno todavía suman la inmensa mayoría de los sufragios admirativos de la juventud española. ¿Qué ha ocurrido mientras tanto en Europa? Todavía cuando se viajaba por Europa entre las dos guerras se adquiría la impresión de la seguridad de su destino. Pero ¿podemos ahora decir otro tanto? Nadie se atreve hoy a propugnar como remedio de nuestros males el europeizar a España, brillante banderín de enganche intelectual hace cincuenta años. Aun los más europeizantes adoptan una postura más cauta, menos arisca, porque la crisis de la Europa moderna ha demostrado el fracaso de la receta.

En otros tiempos, Europa era el ideal a imitar. Masson de Morvilliers nos echaba en cara la no participación en la elaboración de aquel edificio de la cultura europea, cuya más seductora faz mostraba las maravillas de la ciencia y de la técnica. Sean cuales fueren nuestros alegatos en contra, y el de Menéndez y Pelayo fué muy brillante, el hecho era cierto. Ahora lo podemos confesar lisa y llanamente, sin sentirnos heridos ni humillados. Con lo que he llamado “complejo de inferioridad del español ante la ciencia y ante la técnica” ha ocurrido lo que en situaciones psicológicas similares. La elevación al plano de la conciencia suprime su carácter morboso. Las generaciones españolas actuales tienen una conciencia clara de las diferencias entre el desarrollo de la ciencia y de la técnica en España y en el mundo occidental. Tan clara y concreta es, que en lugar de muro de lamentaciones es manantial de esfuerzos y decisiones. El español sabe que no hay saber científico ni técnica que no pueda aprender. Si emigra, se enrola en la máquina científico-técnica de donde se hallare y llega con facilidad a ocupar puestos clave. Pero hay más: tampoco se humilla por su pasado inerte, por su no participación. Sabe que ella ha tenido sus causas profundas y que, en el fondo, como español, ejercita otro estilo de vida que el que engendró la ciencia y la técnica modernas. Y finalmente, ha llegado a esta enorme conclusión: *su estilo de vida no tiene por qué ser inferior, su distinta trayectoria no tiene por qué ser expresión de una inercia histórica definitiva e irremediable.*

* * *

Examinemos este punto con mayor detención. Veamos, sobre todo, lo que pasó en Europa durante los largos años en que el español se sumió en su sueño invernal. No quisiera insistir en conocimientos que, a fuerza de repetidos, se están convirtiendo en tópicos. En el Renacimiento comienza el desarrollo de la ciencia moderna, cuyo paradigma

fundamental es el enorme progreso de los conocimientos físico-matemáticos. Con la Ilustración comienzan las grandes repercusiones sociales del desarrollo científico. La técnica crea la vida moderna. Sin la técnica, el florecimiento de las ciencias hubiera podido producir una segunda edad clásica como la griega, y ésa fué la primera aspiración de los humanistas. Lo que distingue la cultura moderna de la clásica es la presencia de la técnica moderna. Mayor importancia que Galileo, Kepler o Newton tiene, para nuestra vida de hombres modernos, Watt, inventando la máquina de vapor. El prestigio de la ciencia ante el hombre de la calle se debe, precisamente, a que sabe que esa ciencia es creadora y deudora de la técnica que transforma su vida.

El estupor que produce el desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones en los últimos trechos de la edad moderna nos impide considerar el fenómeno desde otras vertientes. No debiéramos olvidar que la técnica no hubiera alcanzado su desarrollo actual de no haber florecido en una sociedad que la cuidó y fecundó como a una flor dilecta y preferida. Como hemos dicho para la ciencia, también para el desarrollo industrial moderno podemos postular el mismo principio: la técnica ha hecho posible el desarrollo de la industria moderna, y ésta, a su vez, es hija, en buena parte, de los sorprendentes y prodigiosos hallazgos de la técnica.

El desarrollo industrial moderno se monta sobre estos tres ejes:

- 1.º Aparición del pensamiento matemático-naturalista.
- 2.º Desarrollo de la técnica.
- 3.º Impulso económico que tiende a la creación del capital privado.

Quizá un disector de la historia o un espíritu lógico quisiera establecer una jerarquía entre ellos. Para mí, como psicólogo, los tres tienen igual importancia, y derivan de un nuevo tipo que se fragua cautelosamente a partir del Renacimiento, pero que sólo madura después de la Ilustración. Los griegos poseían conocimientos matemáticos y naturales más que suficientes para crear una técnica superior a la que tuvieron. Y, sin embargo, no lo hicieron, porque para su técnica de vida no les interesó. En cambio, a comienzos de la Edad Moderna surge un tipo humano, de gran vitalidad, que toma frente a los bienes materiales otra actitud—de ansia poseedora—de la que careció el hombre de Medioevo.

* * *

La historia es, sin duda, la emanación de lo más personal y espiritual que hay en el hombre; pero sería un error dejar de lado su subsuelo biológico. En el problema de mayorías y minorías existe, sin duda, un problema de vitalidad. Sólo los hombres preñados de vitalidad se lanzan con denuedo a correr los riesgos de la vida. Y sin riesgo no hay creación. Cada vez el hombre prefiere un estilo determinado de riesgo. Es indudable que los españoles lo vivieron muy abiertamente en el curso de la conquista de América, pero en otra forma distinta que el empresario de aquel capitalismo primitivo que creó la economía europea moderna.

El hombre que ama el riesgo, esquiva las formas tradicionales y conservadoras de la vida. La mayoría de los forjadores del capitalismo europeo corrían un grave riesgo en aquellos tiempos: el de la herejía. Max Weber demostró la influencia del protestantismo en la creación del capitalismo moderno. El protestante busca su justificación y la seguridad de la misma a través de su éxito en este mundo. La fórmula es bien simple: a mayor riqueza, mayor seguridad de salvación. A la tesis de Max Weber se han hecho objeciones que los economistas conocen mejor que yo, pero Max Weber no quiso dar una interpretación monocausal del fenómeno. Señaló y estudió con ahinco ejemplar una de sus líneas de desarrollo. Seguramente hay más, pero en todas ellas se esconde una cierta posición excéntrica, de "out-sider", que tiene el empresario primitivo. En la católica Italia estos primitivos capitalistas eran católicos "ilustrados" que, manteniéndose toda su vida en la diáspora, trataban de adquirir, al final de ella, su reingreso en el seno de la comunidad de los justos mediante cuantiosos legados testamentarios. En los países cristianos eran los judíos, en los países católicos los protestantes quienes se convertían en creadores y poseedores de riqueza. Es como si la incomodidad y la inseguridad espiritual hubiese lanzado a aquellos hombres a buscar compensaciones en el aumento y poder de las riquezas materiales.

La importancia de los heterodoxos en la creación de la riqueza es ya anotada por William Pety en 1699: "Trade is not fixed to any species of Religion as such; but rather... to the heterodoxe part of the whole." ¡Qué interesante es siempre esta psicología de los emigrados en el interior o en el exterior! Cierto es que aumenta su vitalidad y su capacidad de crear, pero anótese bien, fuera de la acción política.

¿No estamos viendo algo parecido en nuestros días? El emigrado transforma su dolor en voluntad de triunfo, y esto ocurrió con los he-

Deeconomía

terodoxos de Holanda, Polonia, Austria y ciertos cantones suizos en el siglo xvii. Tan importante es esta constelación histórica que hoy día vemos el ejemplo inverso en los enclaves católicos en países protestantes.

Este capitalismo primitivo, arriesgado y heterodoxo, va madurando poco a poco hasta tomar los puestos claves de la sociedad europea. Su avidez de poder material no tiene límites: lo que el espíritu fáustico suponía en la ciencia se trasladaba a la economía. Se crea una nueva moral cuyo mandamiento principal es que cada progreso técnico se justifica por sí mismo, quiéranlo o no, Dios o los hombres. El *gentleman* del mundo industrial plasma nuevas fórmulas que permiten el libre juego de sus iniciativas y que se hallan supeditadas a su eficacia. Y hasta acaba por crear sus propias enfermedades: la neurastenia.

* * *

Lo más difícil es adquirir perspectivas sobre la propia posición en que cada uno se mueve. Los psicólogos saben muy bien que la autorreflexión y el autoanálisis tienen limitadas sus fronteras en punto al conocimiento personal: ni siquiera de nuestro propio cuerpo sabemos demasiado. Quizás nuestro médico o una persona de nuestra intimidad sabe mucho más. Ni reconocemos nuestra voz ni apenas nuestra figura. Este déficit de perspectiva lo padece siempre el hombre en sus relaciones con el mundo.

Nos hemos amamantado, como intelectuales, en los principios de la ciencia moderna. Ciencia quiere decir, para el hombre de nuestros días, progreso y técnica. Apenas se concibe otra forma de sabiduría que la de poseer los secretos de la naturaleza para operar sobre ellos. Sin querer, casi sin aperebirnos, vivimos intelectualmente montados sobre la ley de Comte de los tres estadios de la cultura, sucediéndose, con histórica forzosidad, unos a otros. El investigador se comporta siempre como hombre de ciencia positiva. Aun el investigador católico —Pasteur—, por ejemplo, se ha sentido impelido a disociar su vida entre sus creencias y su ciencia, y ha mantenido aquéllas por una fe hirsuta e incommovible, pero inasimilada a su actividad como cultivador de la ciencia positiva.

En la encrucijada en que se hallan los intelectuales españoles ésta es una solución que se les ofrece: la fe por un lado, la ciencia por otro, y sólo en un momento posterior se intenta un sincretismo entre ambas,

en el cual no es casi nunca la ciencia la que concede, bien firme y asentada como se halla en sus conquistas positivas. Yo podría citar ejemplos recientes que escandalizarían, pero resulta más ilustrativo citar uno de hace unos años y al cual apelo con frecuencia.

Cuando yo estudiaba los primeros cursos de Medicina, todos mis profesores procuraban transmitirnos como imagen biológica del hombre la darwinista. Muchas veces me preguntaba si no habría otra posibilidad y si, en el fondo, no existiría una incompatibilidad radical entre esta imagen y la que poseíamos por la tradición cristiana. Un científico, que pertenecía a una destacada Orden religiosa, nos dió una conferencia en la que trataba de incorporar a la doctrina ortodoxa muchas afirmaciones casi dogmáticas del darwinismo. A nosotros, como oyentes, nos daba la impresión de que los avances de la ciencia habían obligado a esta cesión de terreno, y que esto se repetiría incesantemente hasta llegar casi a destruir otras verdades más esenciales. Debatíendome todavía en estas dudas y reflexiones cayó un día en mis manos un libro de Uexküll que decía: "El darwinismo ha retrasado en cincuenta años el progreso de la biología moderna." El libro partía de una perspectiva kantiana pero, para mí, sus tesis resultaron liberadoras del evolucionismo imperante en aquellas aulas. En el fondo Uexküll no había hecho más que pensar originariamente el problema y no tratar de solucionarlo mediante nuevas correcciones y adaptaciones. Esto es lo que hay que hacer siempre en toda crisis científica.

Con frecuencia se olvida también que la ciencia positiva asienta sobre una creencia. Ante el enigma del mundo que le rodea, el hombre puede tomar tres actitudes fundamentales: la religiosa, la metafísica y la positiva. La actitud religiosa procede de la necesidad de afirmar el núcleo personal, inerte e inseguro reducido a sí mismo, en una relación trascendente. Sólo así puede salvarse este núcleo de la persona de todo lo que le amenaza con disolverle, y la salvación le ha de venir de un poder situado más allá de los confines de lo humano. En el Cristianismo, esta apelación a lo personal toma una forma más concreta por la presencia del Salvador como ser histórico. La actitud metafísica nace de la admiración y de la sorpresa. Sorpresa, sobre todo, del mismo existir. La primera pregunta de todo metafísico es la que hace Heidegger: "¿Por qué tiene que existir algo y no más bien la nada?"

En cambio, la actitud de la ciencia positiva nace más bien de un impulso de agresión y de dominio. La seguridad se adquiere porque la naturaleza y el alma se muestran como estructuras abiertas y mane-

jables; que eso es una *forma de creencia* resulta, para mí, indudable. Se podrá argüir que con la naturaleza ha ocurrido así. El hombre, gracias a la ciencia positiva, ha podido crear la técnica moderna pero, ¿no es ya una creencia, y nada más que una creencia, pensar lo mismo del alma humana? A partir de la Ilustración se despliegan dos líneas fundamentales del pensamiento europeo: una ha conducido a la física de Einstein, a los aviones de reacción y al cerebro atómico. Otra ha intentado lo mismo en el otro sector: el alma humana, y ha llevado, en una u otra forma, a ciertas formas de sociología y pedagogía, y también ¿cómo no? al psicoanálisis. Pero, a pesar de la psicoterapia, a pesar de las confesiones forzadas, a pesar de la eficacia de la propaganda, etc., los ingenieros del espíritu son menos seguros y poderosos que los ingenieros de la materia. Porque aquí, la autonomía personal, aquélla que se asombra ante lo creado y busca ponerse en relación con el Creador, se siente limitada en sus poderes y se rebela o puede rebelarse ante todo intento excesivo de intervención.

A la hipertrofia concedida al valor de la ciencia positiva corresponde una coetánea imagen del hombre. Según ella, lo que caracteriza al hombre es su inteligencia. Ocurren extrañas metástasis entre las palabras y los conceptos. La imagen del hombre que se fraguó durante la Ilustración partía de considerarle como ser de razón, pero la palabra razón no tenía exactamente el mismo significado en el medioevo o en la antigüedad clásica. Una curiosa simbiosis se estableció entre razón e inteligencia. Lo que ha creado la ciencia, y sobre todo la técnica humana, es la inteligencia. Pero he aquí la tremenda verdad, que hoy se nos aparece como una revelación, siendo una verdad primaria: la inteligencia tiene carácter instrumental; no es lo más característico, lo que más atañe al hombre como persona. La persona no es, primariamente, pensar y conocer.

* * *

Es evidente que el español no ha cultivado las ciencias positivas con el ahinco y el fruto que el europeo. Cualquier alegato en contra de esta afirmación queda destruído por la realidad en la cual vivimos y nos movemos. También es evidente que esto *no se debe a una incapacidad substancial y constitutiva del mismo, sino a su desinterés social.*

Mi tesis general es ésta: todo pueblo, en tanto creador de una forma cultural, posee un estilo de vida que ha ido fraguando lenta-

mente en el curso de su historia. En él intervienen muchos factores, como en el desarrollo de una vida personal. Cada ser se constituye sobre un modo de encontrarse en el mundo; lo mismo ocurre en cada pueblo. Se trata de una creación y aceptación de formas colectivas de vida que se elaboran históricamente. De ellas la más excelsa es el lenguaje.

No puede desconocerse la influencia de factores cósmicos y geográficos, de eso que los economistas llaman la infraestructura que representa, para la comunidad cultural, lo que el *bios* para el ser humano. El paisaje español, su suelo, su subsuelo, la meseta y la costa, su carácter peninsular y apendicular con respecto al continente, etc., etc., todo son ingredientes asimilados, alquitarados en aquel estilo de vida. Pero, sobre todo, interviene la historia misma como expresión continuada de decisiones humanas. Un acto humano parece, en su primer momento, algo fluído, transitorio e inconstante. Sin embargo, no hay acto humano que no deje su huella histórica, mayor o menor, según la excelsitud de la persona que lo realice. El acto es, como expresión de la libertad humana, creación personal; pero, inmediatamente, refluye sobre la propia persona, en forma de expedencia individual y colectiva. La cultura se engendra en una trayectoria que va y viene, como un *boomerang*. En nuestra propia conducta, muchas veces no sabemos lo que es propio y lo que es ajeno, cuándo nos hemos movido por determinación propia y cuándo hemos sido un eco de la estructura social que nos empapa desde nuestra primera hora.

Que el pueblo español ha creado un estilo peculiar de vida es evidente, y que, aun manteniéndose, en cierta forma, dentro de la comunidad europea, ha marcado una diferencia, también lo es. Ahora bien; España mandó en el mundo tratando de imponer su propia forma de vida. En un determinado momento histórico se inició la quiebra de su poderío político, cuyo último estertor fué el 98. En toda esa fase de nuestra decadencia política surgió un mundo nuevo, que después de habernos derrotado y humillado, nos produjo admiración y hasta envidia; de ahí surgió el complejo de inferioridad del español, que asienta sobre tres pivotes: *decadencia política, no decadencia económica, no, contribución al desarrollo de la ciencia y de la técnica moderna.*

Ya casi nadie insiste en atribuir a la Inquisición y a las creencias religiosas el pomposamente llamado atraso de España. Aparte de que la verdad se ha restablecido por los investigadores, lo cierto es que inquisidores y vigilados pertenecían a la misma estructura histórica, al mismo estilo de vida.

La religiosidad española es, expresada en otro plano, apetencia por los valores personales. Existen muchas fórmulas para definir la psicología del español. Yo prefiero, por su sencillez y transparencia, la de decir que *el español posee una especial apetencia y sensibilidad por los valores personales y una indiferencia por los valores cósmicos*. En otro lenguaje queda así expresada una vieja verdad: la religiosidad profunda del español, no como naturaleza, sino a pesar de ella, como estilo histórico, quizás nacido por una mayor necesidad de atemperar y conducir su mundo instintivo, tan violento, siempre presto a desencadenarse. El modo español de vivir el problema sexual es un buen ejemplo.

* * *

La cultura moderna no resulta sólo del desarrollo y triunfo de las ciencias físico-naturales, sino del coordinado desarrollo de la técnica, que constituye una constante cultural propia. La creación técnica ofrece peculiaridades dignas de análisis. En primer término no es una secuela forzosa del avance científico, sino un acompañamiento coordinado. La técnica es un modo especial de realizarse la actividad humana. Es un error creer que los descubrimientos técnicos han surgido siempre para satisfacer necesidades materiales. Más veces las han creado, devolviendo al hombre—el animal más plástico que existe—, su proyección sobre la naturaleza en modificación de su estilo de vida. El margen de lo que el hombre *no* necesita para satisfacer su avidez vital es superior a lo que necesita. La cocina humana resultaría innecesariamente complicada si sólo se atendiese para su elaboración a la ley de la oferta y la demanda biológica.

La creación técnica es un modo de ejercer la fantasía. “Aprendamos a soñar, señores—decía Kekule—y entonces quizás encontraremos la verdad.” ¡Qué extraña y triste paradoja! Muchas veces se ha dicho que la propensión a soñar del español ha sido una de las causas de su insuficiencia técnica. ¡Grave error! Importa soñar, el hombre está hecho de la madera de los sueños, pero también en lo que se sueña se proyecta la personalidad del soñador.

La técnica es siempre una realización, pero hay algo en el modo de realizar que la distingue. El trabajo técnico tiende a lograr una realización pura y perfecta. Es un modo peculiar de substancializar la idea del inventor, e importa en ello el acabamiento en la realización. *La técnica tiene su ética propia; en el fondo se trata de un modo de realizar, de desenvolver una vida, de cuajar un proyecto vital distinto del*

religioso y del metafísico. En la insuficiencia secular del español frente a la técnica, nos hallamos con un ángulo más de su modo de vivir la vida, de confirmar la realidad; porque para él no puede lograr la técnica ese carácter de realización personal que tiene para el hombre de otras marcas geográficas.

Pienso, no sé si aventuradamente, que en el fondo tocamos una estructura análoga a la que Max Weber describe en la relación establecida entre capitalismo y protestantismo. La necesidad de justificación es inherente a toda vida humana, lo mismo a la del pastor que bebe lejanías entre riscos, que a la del gerente de una fábrica, bobinado por teléfonos y dictáfonos. No quiero decir—naturalmente—que ambos se la formulen claramente. Pero si analizamos sus actos veremos cómo éstos se hallan fundidos en una línea única, como telescopados por esa necesidad de justificación. Sin ella no hay conducta personal, no hay, para decirlo de una vez, persona humana. *En la perfección técnica del trabajo nos tropezamos con un modo más—como en el éxito en los negocios—de justificarse por las obras.*

* * *

El europeo se halla ahora en plena crisis. El esquema psicológico del llamado hombre moderno se refiere al moderno europeo. No tiene aplicación alguna para el hindú o el chino. La crisis se manifiesta en todos los planos: en la ciencia, en los mismos principios del conocer; en la técnica, en su rebelión y demonismo; en la política, en la inseguridad del equilibrio logrado; en lo social, en la necesidad de transformación de la estructura actual, etc., etc. En mi libro citado intento trazar un esquema de la crisis en el plano intelectual. Ahora quisiera apuntar, siquiera muy brevemente, y respondiendo al tema general del curso, al plano económico.

El mundo capitalista moderno nace con la vitalidad del que ama el riesgo y la aventura, pero llegado a su cumbre empieza de nuevo a temer el riesgo. La transformación actual del capitalismo europeo es, en buena parte, consecuencia de este temor ante el riesgo. El capitalista de la edad de oro reinaba en su negocio como monarca absoluto. Su palabra era su ley. El capitalista actual se socializa para esquivar el riesgo. Resulta miope pensar que el proceso de agrupamiento ha ocurrido sólo en las clases trabajadoras. También ha tenido lugar en los estratos capitalistas. La fórmula perfecta es la anónima. El capitalista

De economía

moderno busca la forma democrática y societaria para defenderse. La responsabilidad ya no es única, ni el éxito ni el fracaso es personal, sino colectivo. Las pérdidas se socializan y el Estado toma parte en toda esta trama, que no es sino una manifestación de su decrecimiento de vitalidad. Además, aunque parezca contradictorio, los estamentos sociales se solidifican ahora más que en la época del gran capitalismo feudal. El sentimiento del proletario es el de vivir prisionero en un estrato del que no puede salir, en un regimiento del que no puede desertar, ni mucho menos llegar a mandar. El verdadero fermento revolucionario consiste en agitar este señuelo ante los trabajadores; no es sólo la conquista económica, sino la libertad de la conquista que, como masa puede hacerlo, pero que individualmente la tiene obturada.

La técnica ha contribuido a la política de masas, a la deshumanización del hombre. Si se pregunta al europeo medio por sus deseos se encontrará una apetencia de bienes materiales minúsculos, de los que ha creado la técnica y en los que cifra sus esperanzas de felicidad. El político logra formas más atractivas y suasorias para sus secuaces en tanto atiende más en sus programas a esta redistribución de la riqueza. Que la técnica es, al mismo tiempo, demoníaca, es indudable. El Papa lo ha dicho recientemente. Pero, ¿puede el hombre moderno renunciar a ella, esterilizar el virus que ha infiltrado en sus apetencias, volver a un ideal adánico de vida? En manera alguna. *Lo conseguido es, ya, irrenunciable.* Por otra parte, la técnica ha contribuido poderosamente a desmontar el gran razonamiento de Malthus. Si la población del mundo crece en proporciones asombrosas, no menos asombroso es el aumento de bienes de consumo. Y esto sí que es una angélica aportación de la técnica.

En el fondo, el proceso del mundo moderno es un proceso de secularización. La ciencia moderna se ha alzado con el santo y la limosna. El científico goza de unas prerrogativas mágicas que antes tenía, en exclusiva, el sacerdote. También ahora comienza a palpar los peligros de sus prerrogativas, el abismo que rodea su poder. A pesar del mismo, a pesar de su técnica, no ha logrado satisfacer la "sed de absoluto" del hombre. En la encrucijada actual, el hombre occidental busca donde saciar esa sed. El arte le ofrece algo que para muchos es superior a la ciencia misma.

Y ahí está la cuestión. El estilo de vida del español se halla más próximo a las fuentes de lo absoluto que el del europeo: los tiene más a su vera, quizás más en sus entrañas. En este punto arranca la difi-

cultad. ¿Puede el español intentar la operación sincrética de incorporar a su estilo de vida la técnica moderna? ¿Es esencialmente posible conservar la técnica inyectándole substancia personal? ¿Basta sólo con aprovechar, canalizar y redimir lo que inventen los otros? La fórmula ha de ser nueva. *No valen voces proféticas, sino realizaciones.* De todos modos, algo resulta también evidente. *El modo de realizar ha de ser distinto.* España no puede aspirar a mandar de nuevo en el mundo de la técnica. Nunca el pasado vuelve en la misma forma. Demos a nuestro Imperio por muerto y bien muerto. Quizás podamos aspirar a otra fórmula de universalidad: la de servir de ejemplo. En la vida humana no todo es política y mando. Vale también la virtud del ejemplo y el ejemplo de la virtud.

Y, sobre todo, lo que se consiga es lo que se propongan unas minorías. En la época del hombre-masa se necesitan, más que nunca, minorías clarividentes, lúcidas, heroicas. La historia está hecha de decisiones personales. Nos debe repeler ser átomos inconscientes sumidos en el flujo histórico. Nos debe repeler más aún lanzar nuestra barquilla a favor de la corriente; de esa corriente que no ve en la época moderna más que masas, socialización, técnica; en fin, universo "concentracionario". Luchemos por la intimidad personal, por la creación, por el riesgo. Si la vida es constitutivamente riesgo, no nos dejemos administrar el opio de una falsa seguridad. Elijamos nuestro propio riesgo, como deseamos nuestra propia y personal muerte. Sólo así nuestra existencia tendrá sentido, como personas y como generación.

El factor militar en la decadencia económica de España^(*)

Por MIGUEL CUARTERO LARREA (*)

Al lado de la "leyenda negra", lanzada por nuestros enemigos del extranjero, los propios historiadores y economistas españoles han alimentado otra leyenda triste, de más peligrosas consecuencias que aquélla, porque ha facilitado su difusión interna, y a lo largo del siglo XIX ha estado al borde de crear un complejo nacional de fracaso histórico.

A juicio del autor, a este concepto responde la tesis de la decadencia española, que atribuye al desastre militar, la consecuencia del hundimiento económico.

En su estudio presenta, como ejemplo de la realidad española, algunos errores fundamentales de aquella apreciación; señala momentos en que las fuerzas armadas, en oposición a lo sustentado en fáciles y barrocas descripciones, fueron impulso, apoyo o sostén, y nunca obstáculo, en las vicisitudes de un pueblo que, como todo cuerpo vivo, había de pasar por situaciones de alza y baja, sin que las locales adversidades de algún instante puedan llamarse derrotas, y si únicamente crisis, superadas luego militar y económicamente, hasta permitirnos llegar al momento actual... ¡en que nadie podrá decir que nuestra Patria ha muerto!

I. "CADENCIA" Y DECADENCIA

PUNTOS DE VISTA.

La revista DE ECONOMÍA, en su número monográfico de diciembre pasado, ha reunido la opinión de autorizados técnicos economistas, que han estudiado las posibles circunstancias de la llamada decadencia económica española.

Algunos con carácter de generalidad, y otros analizando aspectos

(*) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 9 de febrero de 1954.

(**) Militar.